

René Avilés Fabila: la literatura como historia, creación y fantasía*

Martha Fernández

LA CURIOSA FORMA EN QUE NOS CONOCIMOS la relató el propio René en un artículo que publicó hace años en el Suplemento Cultural *El Búho* del periódico *Excelsior*.¹ Para él, yo fui durante muchos meses una “enigmática escritora” de la que semanalmente publicaba textos que le hacía llegar nuestro amigo Alberto Dallal. Para mí, René sólo era un muy generoso amigo de Alberto que sin conocerme me publicaba los artículos que le enviaba.

Nos encontramos por primera ocasión en la Dirección de Difusión Cultural de la UNAM (hoy Coordinación) cuando era su titular, pero nuestra amistad —que ya es añosa— nació realmente en una hermosa y antigua casona del siglo XVIII que había pertenecido

* Texto leído en el homenaje a René Avilés Fabila por sus cincuenta años como escritor que organizó la Universidad Autónoma Metropolitana, celebrado el 30 de mayo de 2013.

¹ René Avilés Fabila: “El periodismo como creador de cultura: el caso de Martha Fernández” en *Dramatis Personae, Excelsior*, “Suplemento Cultural El Búho”, 25 de noviembre de 1990, p. 3.



Fotografía: Reina Ponce

a los condes de Heras Soto, ubicada en la esquina de las calles de Donceles y Chile, en el Centro Histórico. Coincidimos porque ahí se encuentra el Archivo del Ayuntamiento de la ciudad de México donde, afanosa, yo consultaba las Actas de Cabildo del siglo xvii, y él, por su parte, encabezaba la Dirección de Publicaciones del entonces Departamento del Distrito Federal. En esa dependencia me publicó los primeros libros que escribí fuera del ámbito universitario, lo que siempre le he agradecido enormemente.

Desde entonces, he sentido por René un enorme cariño y una gran admiración por sus proyectos culturales dentro y fuera del ámbito gubernamental y universitario (como el del Museo del Escritor, que es el más reciente), por su trabajo periodístico y en especial por su obra literaria. Por ello, considero un honor y un privilegio formar parte de este merecido homenaje que rinde la Universidad Autónoma Metropolitana a uno de sus Profesores Distinguidos por sus cincuenta años de hacer LITERATURA, así con mayúsculas, que es lo que representa la obra de René Avilés Fabila.

En este momento, no podría referirme a toda su producción literaria porque es muy amplia y abarca varios géneros y temáticas. Hablaré de lo que resulta más cercano a mi formación. Soy historiadora, oficio que —pienso— no se encuentra muy lejos de la literatura, pues tienen en común ocuparse de lo que Balzac llamaría la *Comedia Humana*.

Un día platicaba con René precisamente acerca de su involuntaria vocación de historiador o su voluntaria afición por la historia. Él me decía que no era historiador, que sólo contaba historias, y yo replicaba que eso hacíamos o deberíamos de hacer los historiadores. De hecho, José Gaos decía que un libro de historia debería de ser historia, pero también debería de ser un libro. René sabe contar historias y también fantasea con ellas,

porque como bien dice, en la literatura todo se vale, lo que tampoco está tan lejos del oficio de historiar. Edmundo O’Gorman afirmaba que la obligación de un historiador no es encontrar *la verdad* en términos absolutos, sino *su verdad* en términos tan relativos y subjetivos como cada uno lo entienda. Incluso, en un ensayo que tituló *Fantasmas en la narrativa historiográfica*, O’Gorman, historiador de excepción, explicó que atenerse exclusivamente a la información documental o bibliográfica, “deja a la sombra zonas del acontecer que sólo puede iluminar la imaginación”, consideraba que no hacer uso de ella “revela la castración del soplo de vida que les dio existencia y su razón de ser”.² Claro que cada historiador marca límites dentro de lo probable, lo que no tiene que ocurrir en la literatura; mientras en la historia el “hubiera” no existe, en la literatura es (o casi) una norma. Ambos oficios, sin embargo, comparten una metodología básica: la investigación, como bien lo ha explicado el propio René en otras ocasiones.³

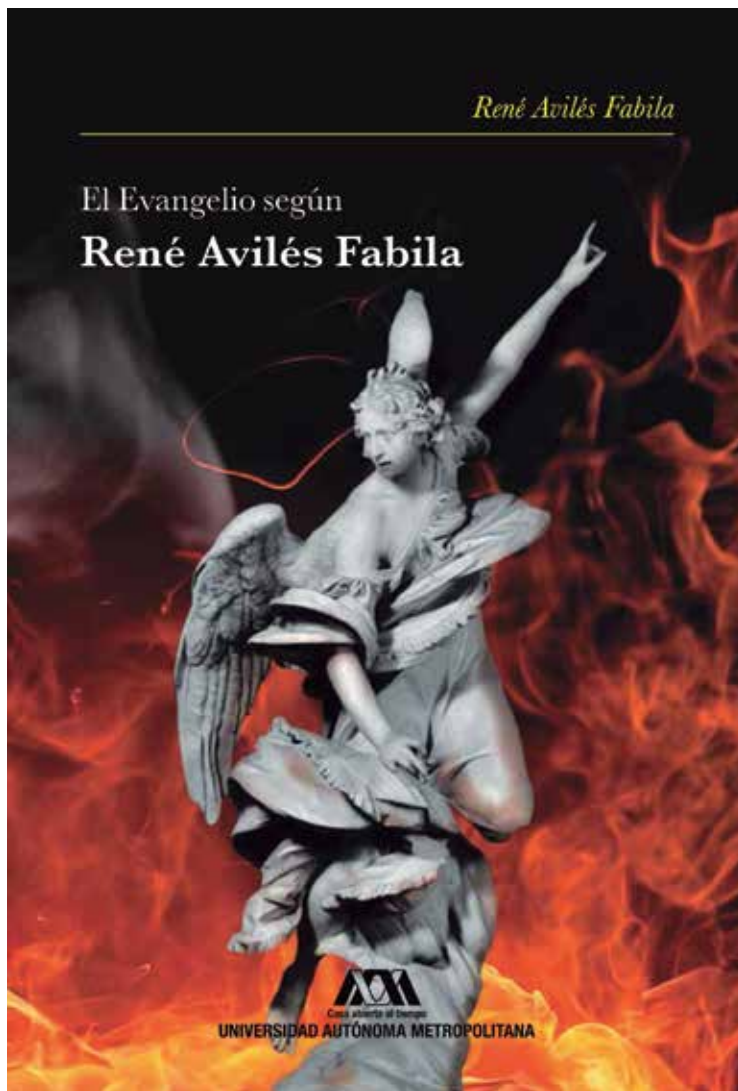
La literatura, como las artes visuales, la arquitectura y la música, son investigaciones aplicadas. El muy conocido caso de Leonardo da Vinci es claro en ese sentido, pero lo mismo ocurre con las obras de Sor Juana Inés de la Cruz, de Pablo Picasso y de Luis Barragán. En otras palabras, la investigación artística no tiene que llegar a estudios de carácter teórico: la Catedral de Santiago de Compostela del maestro Mateo, las pinturas de la Capilla Sixtina de Miguel Ángel, el Espacio Escultórico de Ciudad Universitaria

² Edmundo O’Gorman: *Fantasmas en la narrativa historiográfica. Alocución leída en el salón de actos de la Universidad Iberoamericana en la ceremonia de recepción del Doctorado Honoris Causa en Humanidades. Ciudad de México, 4 de octubre de 1991*, México, Universidad Iberoamericana, Departamento de Historia, Centro de Estudios de Historia de México Condumex, 1992, pp. 23-25.

³ René Avilés Fabila: “La investigación ¿sólo es científica o puede ser artística?” en *Casa del tiempo*, Universidad Autónoma Metropolitana, v. III, número 32 (México, junio de 2010), pp. 8-11.

René Avilés Fabila

El Evangelio según
René Avilés Fabila



y el *Réquiem por un suicida* de René Avilés Fabila, son resultado de investigaciones aplicadas que devinieron obras de arte.

A propósito de este libro, René explicó, al recibir el nombramiento de Profesor Distinguido en esta universidad,⁴ que para escribirlo investigó como lo hacen un comunicador o un sociólogo, apoyado por una amplia bibliografía “que incluía historias, tratados científicos sobre el tema, biografías de suicidas, estadísticas, leyes, novelas, diarios y revistas...”⁵ Todo un bagaje de información que transformó en una novela documentada.

Pero hablaba de la cierta hermandad que yo encuentro entre la historia y la literatura porque varias obras de René tienen carácter histórico. *El gran solitario de palacio*, por ejemplo, la mejor novela que se ha realizado sobre el movimiento estudiantil de 1968, la escribió desde su papel de protagonista pero rebasó su carácter testimonial para convertirse en un análisis del contexto histórico, político e ideológico que gestaron ese movimiento y sus ulteriores consecuencias.

Lo mismo *El Reino vencido*, una novela autobiográfica que bien podría colocarse en lo que Luis González y González llamaba “microhistoria”,⁶ porque

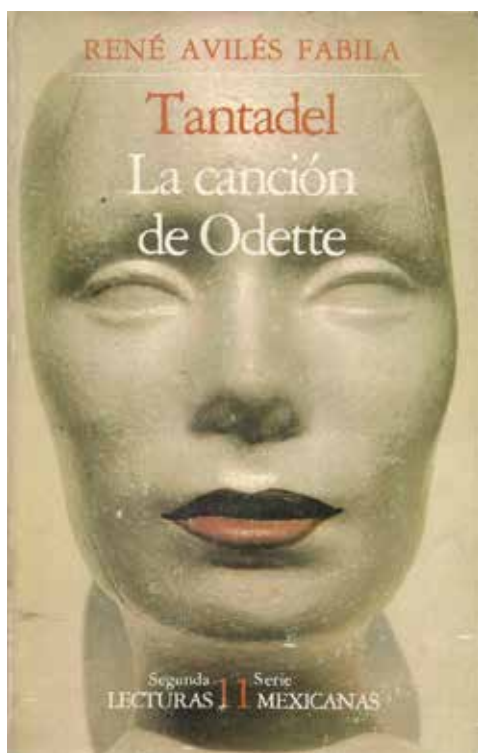
⁴ Ceremonia que se llevó a cabo en la Sala del Consejo Académico de la UAM-Xochimilco, el 13 de abril de 2010.

⁵ René Avilés Fabila: “La investigación ¿sólo es científica o puede ser artística?”, pp. 8-11.

⁶ Luis González y González: *Invitación a la microhistoria*, México, Secretaría de Educación Pública, 1973 (Sepsetentas: 72); *Nueva invitación a la microhistoria*, México, Secretaría de Educación Pública, Dirección de Publicaciones y Bibliotecas, 1982.

mediante los recuerdos de su niñez y su juventud, de su familia y sus amigos, nos lleva por la historia de la ciudad de México en los años cuarenta del siglo pasado adentrándose en la vida de una de sus colonias, que en aquel momento alcanzaba su época de auge; prueba de ello es que la mítica Ciudad Jardín todavía conserva dos fuentes *art déco* de excelente calidad y la iglesia en donde René, el ateo, hizo su ¡Primera Comunión! Quién iba a imaginar que con el tiempo llegaría a escribir *El evangelio según René Avilés Fabila* en el cual, a partir de un muy serio conocimiento de la Biblia, pondría en cuestionamiento los textos que los padres de la Iglesia católica occidental⁷ se encargaron de mal ordenar para el adoctrinamiento de sus fieles.

⁷ San Agustín, San Ambrosio, San Jerónimo y San Gregorio Magno.



Éste no es un libro de ficción, sino de análisis y reflexión acerca de temas como la tradición de la inmaculada concepción de María, libre del pecado original, desde el vientre de su madre Ana; la función histórica de Judas, el diablo como el lado perverso de Dios, el triunfo o los triunfos de Lucifer y algunos inventos medievales como el Purgatorio y el Limbo. Su ideal, dice, es reescribir las Sagradas Escrituras para “salvar asesinos, traidores y rufianes”, hacerla más lógica y comprensible, y en ese intento no deja de lado temas como el amor, el sexo y la lujuria en los textos bíblicos; por ejemplo, del *Cantar de los cantares* del célebre rey Salomón nos dice: “contiene tanto material como para producir una fuente ilimitada de orgasmos”. Ciertamente, el famoso monarca era polígamo, lo que nos puede dar la certeza de su probada experiencia.

Otro de los géneros historiográficos que también se encuentra en la obra de René es la crónica; de ello dan cuenta obras de excelencia como *Antigua grandeza mexicana*, que tuvo el privilegio de prologar. La intención de René fue poner por escrito lo que podríamos llamar “la ruta de los escritores”: los barrios donde vivían, las cantinas y cafés que frecuen-

taban, las calles por donde caminaban; desde luego, la Secretaría de Educación Pública donde todos se encontraban. Al final resultó una hermosa crónica del Centro Histórico de la ciudad de México a mediados del siglo xx a la manera de la *Grandeza Mexicana* que Bernardo de Balbuena escribió el año de 1603 y la *Nueva Grandeza Mexicana* que Salvador Novo publicó el año de 1946.

Lo que los historiadores llamamos “ego histórico” se manifiesta en la obra de René incluso en su literatura fantástica, como en el libro *El bosque de los prodigios*, constituido por una serie de cuentos que lleva como subtítulo *Bestiario prehispánico y algunas aberraciones*, lo que anuncia el contenido del libro: la reconstrucción “...de esa fauna milagrosa producto de la imaginería de pueblos fabulosos que apenas pudieron desarrollarse un tanto antes que Europa los cortara de tajo”, como afirma el autor en su nota preliminar. Reconstruir esa fauna fantástica y agregar algunas “aberraciones”, no es solamente reflejo de la imaginación exaltada del escritor, implica, por lo menos, reunir dos condiciones: un amplio conocimiento del panteón prehispánico y una comprensión cabal de los principios que animaron “el pensamiento mágico”.

En la mitología prehispánica podemos encontrar seres tan extraordinarios como un “hombre, dios, pájaro, serpiente”, parafraseando a Alfredo López Austin,⁸ que no es otro sino *Quetzalcóatl*, mejor conocido por su representación de serpiente emplumada; era el dios benéfico, el héroe descubridor de la agricultura y de la industria, quien estaba siempre en pugna con *Tezcatlipoca* el dios negro, todopoderoso, multiforme y oblicuo, el dios nocturno, patrono de los hechiceros y

⁸ Alfredo López Austin: *Hombre-dios: religión y política en el mundo náhuatl*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1973 (Serie de cultura náhuatl. Monografías: 15).

de los malvados, representado frecuentemente como un jaguar.⁹

En esa lógica, René concibe seres fantásticos como “la tortuga serpiente de fuego”, originaria de Oaxaca, “que vivía en una cueva decorada con caracoles de oro, plumas de quetzal, con el piso de plata y piedras preciosas, las columnas eran de jade con incrustaciones de turquesa”. “El pez con alas, patas y pelos”, originario de Tenochtitlan; “las aguas carnívoras” de la zona maya, “el descomunal venado sin cuernos de los toltecas”, “el águila bicéfala de Zempoala” y “el coyote emplumado” del zoológico de Moctezuma.


Pero justamente lo que acabo de decir nos da idea de una gran diferencia entre la historia y la literatura: la capacidad creativa de los escritores. La combinación entre historia, crónica, mitología y creación literaria se encuentra presente en todas las obras de René Avilés Fabila, basta con mencionar *Los oficios perdidos* en la cual, al lado de actividades que fueron o son todavía reales, aparecen otras que son producto de las mitologías de diversas culturas o de una mitología personal del autor, transformadas en protagonistas de los diversos cuentos que conforman el libro, muchas veces con un marcado sentido irónico. Así, nos habla de los organilleros (que últimamente han revivido), de los peluqueros (hoy convertidos en elegantes estilistas), de los piratas y de los guajoloteros; pero también lo hace de los científicos locos, de los dioses, de las musas y de leones que dominan domadores.

La obra literaria de René es amplísima, y en ella encontramos una excepcional capacidad de creación, de imaginación y de fantasía. Muchos de los temas que ha trabajado tanto en sus cuentos como en sus novelas han sido novedosos en su momento, fruto de su ingenio,

como el de las relaciones amorosas por internet que aborda en su novela *El amor intangible*, la cual tiene, además, un final sorprendente, lejos —por supuesto— de las cursilerías de algunas películas norteamericanas.

El estilo literario de René es impecable: siempre claro, preciso y contundente; su lenguaje es actual, sin fórmulas artificiales o artificiosas y quizá lo sea más en algunos géneros como las minificciones. Cito solamente dos: “y para interpretar con mayor realismo el papel del monstruo de Frankenstein el director del film contrató al mismísimo monstruo”; “en una ciudad actual, la distancia más corta entre dos puntos no es la recta: es el zigzag que nos evita los semáforos”.

Oscar Wilde decía que para escribir no existen más que dos reglas: tener algo que decir y decirlo. Lo que nunca explicó es cómo decirlo, tal vez porque como bien ha afirmado René, para ello no existen musas que revoloteen sobre la cabeza de los escritores, ni recetas con valor universal; cada uno busca su propio método y estilo.¹⁰ La obra de René es una muy bien lograda combinación entre investigación aplicada y creación artística; entre la historia y la fantasía, alimentada por su vasta cultura, su talento y su lucidez, a lo que agrega su impecable sentido del humor con el que sazona todas las historias reales e imaginarias que nos cuenta.

Podría hablar mucho más de la obra de René Avilés Fabila, siempre creativa e ingeniosa, pero tengo para mí que ustedes estarán ansiosos por escucharlo a él mismo, de manera que termino felicitándolo por este merecido homenaje y agradeciéndole su siempre cálida, generosa y sincera amistad, a la que correspondo (o trato de corresponder) con la misma sinceridad y profundo cariño. Enhorabuena, René. 

⁹ Alfonso Caso: *El pueblo del Sol*, México, Fondo de Cultura Económica, 2ª reimpresión, 1971, pp. 39-46.

¹⁰ René Avilés Fabila: “La investigación ¿sólo es científica o puede ser artística?”, p. 9.